

! PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

Alarma

1^{er} trimestre 1972

Nueva serie
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

Boletín nº 20

MIL DOLLARES Y ESTACAZO

Al iniciarse el plan de industrialización, puesta apenas en marcha la fase preparatoria, dijimos en Alarma que los objetivos a largo plazo del proyecto podía y debía hacerlos fracasar el proletariado mediante su actividad defensiva y ofensiva, económica y política. Debía sí, hacerlos fracasar, desentendiéndose del crecimiento de una economía que implica ir sojuzgándolo cada día más y que sin esa condición no puede crecer.

Ahora, burgueses y dirigistas españoles, todavía educandos de los europeos y americanos, exultan jubilosos del aumento del capital y del PNB (producto nacional bruto), si bien los objetivos a largo plazo siguen todavía por alcanzar y la cadencia de crecimiento va en retroceso, a compás de lo que sucede en los demás países, de cuya expansión ha dependido también la del capitalismo en España. Una de las cifras de que más se envanecen es la que mide la renta o ingreso por habitante. En dos años, de 1969 a 1971 pasó de 720 a 820 dólares anuales. Si la cadencia se mantuviese, el año venidero se habrán sobrepasado con creces los 1.000 dólares por cabeza.

Una cifra de tal género tiene un doble interés para cualquier régimen de explotación, porque diluye en una categoría general los diversos conceptos de ingresos y las enormes diferencias cuantitativas entre ellos. No hace diferencia entre un peón, un limpiabotas, un obrero cualquiera y los altos jefes de la economía, del Estado y sus múltiples organismos, midiendo por el mismo rasero al multimillonario y a la lavandera. Para el conjunto de los trabajadores que crean la riqueza, la cifra no tiene el menor interés. En cambio, si supiesen lo que todos ellos ganan en un año y el valor total de los productos creados durante el mismo tiempo una vez descontados el valor de las materias primas y la usura de las máquinas o amortización, tendrían ante sus ojos, restando lo primero de lo segundo, una cifra impresionante, la que mide en dinero su explotación como clase. Reconvertida esta última cifra en horas de trabajo dividiéndola por la paga media a la hora en todo el país, resultaría el número de horas que la clase obrera ha trabajado gratis, sin paga alguna, para el capital, no ciertamente una ni dos por día y hombre, sino bastante más. Y comparando año tras año esa misma cifra, se darían cuenta de que el tiempo de trabajo no pagado por el capital a sus asalariados va en aumento a medida que se produce "el milagrito industrial". Pero estadísticas de tal género nunca las proporcionarán gobierno y dirigistas, que gustan disimularselas a sus propios ojos con un "¡adelante por España!".

Sobre la explotación redoblada, las condiciones de trabajo han ido empeorando. La propia semana de trabajo oficial, fijada en 48 horas, es casi siempre letra muerta. El sistema de paga introducido, con sus normas de producción, su miserable salario base y las consecuentes primas a la producción y horas extra, añaden una sujeción del obrero al capital también proporcional al crecimiento de éste. La mayoría de los obreros se ven en la necesidad de hacer jornadas de 12 horas y más, hasta 72 y 78 horas semanales, y a mantener durante ellas la celeridad necesaria para cobrar las primas, en realidad destajos. Las primas constituyen hoy mucho más de la mitad de la paga. Y al todo hay que sumar aún el despotismo de las empresas privadas o estatales para fijar las normas de producción, los reglamentos interiores, para dictar la clasificación profesional, la mutación del personal, los despidos por conveniencia patronal o políticos y cien aspectos más de imposible enumeración, sin hablar de los convenios colectivos ni lo que prescribe una ley ultrarreaccionaria.

Ha habido una intensificación muy importante de la explotación y una sujeción mucho más estrecha del trabajador al capital. No obstante, el primero de los dirigistas nacionales, López Rodo, tiene la desfachatez de hablar de futuras libertades políticas, a partir de los 1.000 dólares de renta por cabeza. Es mera frase de sacamuelas. Si hubiese relación directa entre el aumento de la tal cifra y la libertad política, habríamos presenciado la aparición de la misma, siquiera tímidamente, en los últimos años. La relación entre crecimiento del capital y libertad política es netamente inversa en la época actual. Ahí están, como prueba, los antiguos países democráticos, donde las libertades van degenerando o desapareciendo a medida que se agiganta y centraliza el capital. En España, la realidad da diariamente un mentís al señor López Rodo. No sólo el obrero es menos libre que ayer en sus relaciones con el capital, sino que la represión política va haciéndose más dura en los últimos tiempos, a medida que nos acercamos a la cantidad fijada. En lugar de los 1.000 dólares y la libertad política, serán los 1.000 dólares a estacazos.

El régimen no puede consentir la menor libertad política, cualquier nivel alcance la riqueza capitalista, sin desmoronarse en poco tiempo. Sólo por la fuerza, por un movimiento de conjunto contra él, podrá la clase trabajadora derrocarlo y obtener para sí alguna libertad política. La libertad verdadera y completa, requiera mucho más: acabar con el sistema además de con el régimen. De lo contrario, los mismos y nuevos dirigistas vendrían a continuar el proceso de encadenamiento del trabajador al capital y a venderle automóviles y otros artefactos mecánicos, cuyo pago le hace correr tras las primas y horas extras, cuyo uso en tales condiciones le quita arrestos para rebelarse contra el sistema.

Por tales motivos, las reivindicaciones porque debe batirse el proletariado en cada huelga son aquellas que atacan al sistema en lo más profundo, en sus beneficios y en su estructura económico-política, cual ha sido precisado en el número 12 de Alarma. Un aumento de paga que comporta aumento simultáneo de la productividad arroja mayor beneficio para el capital, es un triunfo para éste, lo contrario para el obrero, pues hace bajar su nivel de paga y de vida proporcionalmente a los productos por él creados.

Una lucha así haría fracasar, cierto, el plan de desarrollo, pero colocaría a la clase obrera en su conjunto en condiciones de tomar en sus manos el todo social y de poner en práctica, ya sin explotación, sus propios proyectos económicos. Se medirían éstos, no por cabeza de habitante y en dinero, sino en consumo económico, cultural, por una fuerte disminución de tiempo de trabajo, y, en fin, por el género de libertad social e individual que así surgiría, muy superior a cuanto haya consentido la mejor de las democracias pasadas.

=====
Recordamos a nuestros amigos en España que lo mejor para escribirnos es mandar carta, con nuestra dirección adjunta, a cualquier amigo residente en el extranjero, rogándole nos la transmita o nos la entregue.

LOS MATONES DEL CABALLERO

Como es sabido y tantos católicos fingen ignorar, Franco fué semi-canonizado en vida por el antepenúltimo santón del Vaticano nombrándolo Caballero de Cristo. Nombramiento bien merecido, habida cuenta del papel nefasto y a menudo criminal del cristianismo en la historia humana y precisamente en la de España durante los últimos 40 años.

Quizás no transcurran ya muchos años --indicios hay de ello-- antes de que la revolución victoriosa esté en condiciones de investigar con precisión el número de personas asesinadas fuera y dentro de la legalidad existente, en pleno apareamiento cristiano-falangista, la cantidad de encarcelamientos desde 1936 y de años de condenas fallados por los tribunales. Ascenderán los primeros a más de un millón y a varios millones de años las segundas. Pero nunca podrán contarse, desgraciadamente, los sufrimientos que esa incesante represión ha causado, en lo físico y en lo moral, a los familiares de encarcelados y asesinados. La textura psíquica del régimen aparecerá entonces en toda su sangrienta realidad.

Barruntándose ya su caída, el régimen recrudece y extiende su represión se hace aún más policiaco y "chivateril". Pero ve, asombrado y tembloroso, que la represión produce ahora escaso efecto, cuando no contrario al esperado. Los trabajadores y la población en general, lejos de amedrentarse y permanecer pasivos, actúan contra él o se le insolentan en número creciente. Entonces, tiene que echar mano a recursos terroristas extralegales, lo que ya es decir, vista la calculada ferocidad terrorista de dicha legalidad.

El Caballero de Cristo y la continuidad de sus instituciones despóticas se ven entonces defendidos por los Guerrilleros de Cristo, cuyas bestiales hazañas empiezan a ser conocidas: anónimos con amenazas graves a los opositores conocidos, agresión en banda, con armas contundentes y cortantes, a grupos de opositores manifestantes, de huelguistas, a reuniones meramente culturales por los mismos organizadas. De las amenazas pasan esos persignados émulos de Mao Tse-tun a vías de hecho. Actuando con nocturnidad, han secuestrado a personas activas contra el régimen, apaleándolas hasta dejarlas desmayadas, en algunos casos con rotura deliberada de brazos y piernas o con otras fracturas. La policía, quien puede dudarlo, no sabe nada ni ha conseguido detener a ningún culpable. La prensa pone punto en boca. Las altas jerarquías cristianas, rezan para hacernos perdonar nuestros pecados, pero mirando de reojo a la salvación del franquismo.

¿De donde pueden salir esos energúmenos sino de la policía mismo o de los medios falangistas y cristianos? ¿Y cómo pueden actuar repetidamente sin complicidades altas indirectas o directas en el gobierno, gobierno del Opus Dei, no se olvide? La respuesta se la dará cada lector y quienquiera se formule la pregunta.

Mas eso también se revelará ineficaz para hacer retroceder un proceso de febelión que en la etapa actual no puede no ir generalizándose y haciéndose cada vez más fuerte y decidido, pese a la desorientación política reinante. Por lenta que sea, la recuperación social frente a la dictadura no cesará ya hasta la caída de la misma. Los energúmenos cristeros, los de la propia represión "legal", no conseguirán sino satisfacer sus instintos venéticos, de tarados mentales, torturando a algunos hombres. El recurso se mostrará pronto contraproducente.

No obstante, es indispensable denunciar por escrito cada acto de los Guerrilleros de Cristo, indicar los nombres de sus víctimas, señalarlos al desprecio y a la vidicta pública, en conjunto e identificados por nombre y domicilio si es posible. Hay que atacarlos físicamente, y en los barrios donde viven hay que informar a sus vecinos de lo que son y lo que hacen.

La contienda contra el régimen la llevan de antemano ganada las masas trabajadoras, pero las tensiones y los intereses acumulados por tantos años de despotismo son muy grandes. Sólo la explosión de las primeras forzará el retroceso de los segundos.

UN LIBRO SOBRE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Va a hacerse una edición facsímil, por fotocopia electrónica, del libro "Jalones de derrota: promesa de victoria", por G. Munis. Se trata de una interpretación crítica de la revolución a través de sus principales acontecimientos, que van de 1930 a 1939. Señálase en ella la transformación del partido dicho comunista en organismo reaccionario de nuevo tipo, cuyo modelo es el capitalismo de Estado instaurado en Rusia por la contrarrevolución stalinista. Ese partido es el que aplasta la revolución en la zona roja, expropia y desarma al proletariado, desencadena la represión contra los revolucionarios, asesina a muchos de ellos y da así lugar a la victoria de Franco. He aquí el sumario:

I - El fondo histórico de la crisis social. II - Fisionomía estructural de España. III - Naturaleza de la revolución. IV - Partidos y programas. V - La revolución incruenta. VI - El período constituyente en la cámara y en la calle. VII - La radicalización socialista y su inhibición. VIII - La insurrección de Octubre. IX - Recuperación de las masas y recomposición política en las filas obreras. X - El Frente Popular contra la lucha de clases y la revolución social. XI - Del triunfo del Frente Popular a la sublevación militar. XII - El 19 de Julio de 1936. XIII - La dualidad de poderes: preponderancia obrera. XIV - La dualidad de poderes: contraofensiva reaccionaria. XV - Las jornadas de Mayo 1937. XVI - Guerra, revolución y teoría de la careta. XVII - La propiedad. XVIII - El ejército. XIX - El gobierno Negrín-Stalin. Epílogo: El motín de las pulgas.

"Jalones de derrota" fué editado en México, en 1948. Hoy no se encuentra ejemplar tan siquiera para proponer su traducción a otras lenguas. La reproducción que va a hacerse, limitada en número, requiere la ayuda económica de cuantos están interesados en que se conozca ese libro; requiere, por lo menos que suscriban a un ejemplar, cuyo precio será 25 francos (325 pesetas). El texto comprende más de 400 páginas.

Camaradas y amigos, contribuid, suscribid y haced que otros suscriban. Enviad el importe de vuestra contribución, con las correspondientes señas para remitir el libro, que debe aparecer en marzo, a

(Para pedidos y giros desde España, mírese lo recomendado en la página 2, abajo)

Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75 - París XVIII - Francia

ANÁLISIS DE UN VACIO

II

Los errores de los maestros conviértense a menudo en mortal llaga para los discípulos. Así lo que en Trotzky era un desacierto, a lo sumo una ofuscación del pensamiento, alcanza en el trotskismo hogañero proporciones de falsía, de craso oportunismo y hasta de capitulación. Pero es menester recalcar que en esa metamórfosis la existencia precede también a la consciencia. Habiéndose desentendido, en plena contienda mundial, del principio: contra la guerra imperialista, guerra civil, ese trotskismo se despojaba de lo esencial y más vivificador del pensamiento revolucionario, vedándose la posibilidad de enmendar errores y de hacer el menor progreso teórico. A partir de sus componendas con la defensa nacional (resistencia), ya no se descubre en él conocimiento o siquiera tentativa de conocimiento teórico, sino una ristra de argucias y actitudes justificativas cada vez más bajunas a medida que una llama a la siguiente. Y ha terminado dando en su actual postura. En lo formal y orgánico ha retrocedido hasta lo que fué Oposición de Izquierda a la III Internacional durante la mitad del decenio 20 y los dos primeros años del 30, pese a la criminalidad e inmundicia que desde entonces ha ido haciéndose en el stalinismo; políticamente, está lelo y cabeza gacha ante la extensión de ese mismo stalinismo (pare él proezas) en Europa oriental, en China, Corea, Vietnam, Cuba y hasta en Egipto, donde 15 o 20.000 militares rusos aguantan el sacro estandarte del Islam frente al de Israel.

En suma, la retrogresión del trotskismo fué originada por su ruptura con el internacionalismo, no por el error de Trotzky tocante a la naturaleza del sistema ruso, cual afirman críticos livianos. La defensa práctica y teórica de aquel exigía durante la guerra mundial y continua exigiendo hoy una rectificación terminante de la idea de "Estado obrero degenerado" y de cuantas presuposiciones la engendraron. Por el contrario, ni la defensa de Rusia ni la de cualquier país stalinista puede practicarse sin dar esquinazo al internacionalismo, es decir, al proletariado mundial, para ir a enrolarse a las órdenes de los enemigos de eso mismo proletariado.

El dilema que la historia reciente está metiéndonos por los ojos es inconcuso: o bien los trabajadores disponen de los instrumentos de trabajo y de sus productos, único canal de restitución de los mismos a la sociedad en su conjunto, o bien su apropiación por el Estado (nacionalización) perpetua y agrava la dependencia del proletariado respecto de los instrumentos de producción, su desposesión de los productos de su propia actividad económica y por lo tanto también su explotación y su opresión política. En este último caso, la expropiación de trusts y capitalistas privados, indemnícieseles o no, aboca a la centralización suprema del capital y de la represión policiaca. Lo evidencia colmadamente cada uno de los casos conocidos, desde Corea, China y Rusia, hasta Cuba.

Terminado ese indispensable vistazo atrás, hay que reanudar el análisis del vacío. Como se ha visto por las citas dadas en la primera parte de este trabajo (Alarma n° 19), la Liga Comunista, resonancia de su IV Internacional, considera que la nacionalización de la gran industria, de la economía en general, representa un cambio estructural de la revolución proletaria, transformador del capitalismo en socialismo. Pero es incapaz de decir nada sobre la función de los instrumentos de trabajo ni sobre el papel del Estado respecto de ellos y de la población trabajadora. Esquiva el problema cediendo que el aparato de Estado chino padece las mismas taras que el aparato ruso. "Taras" significa en su viciada terminología simplemente defectos, fallas en comparación con un prototipo ideal de "Estado proletario". Hay pues que enumerar aquí las principales.

En lo económico, el Estado es propietario absoluto, con derecho jurídico de uso y abuso, de los instrumentos de producción industriales y la mayoría de los instrumentos agrícolas, tierra incluida; el Estado pone en función dichos instrumentos comprando fuerza de trabajo por un salario cuyo

monto dicta él mismo; el Estado recoge y pone en venta los productos del trabajo que contienen la plusvalía, reinvierte una parte según le da la gana y reparte la otra entre sus innumerables sirvientes, a prorrata de categorías: policías, militares, administradores y líderes políticos, secretarías y propagandistas del Partido, delatores, técnicos, hombres de ciencia, intelectuales, etc. Respecto de la población trabajadora y de cualquier disidente, el Estado se comporta como un déspota totalitario inigualado hasta hoy; el Estado la mantiene rigurosamente desarmada, encuadrada, adiestrada, y vigilada, en el trabajo y en la vida privada, por la policía y por los afiliados al Partido, a los cuales se añade el ejército en ocasiones importantes; el Estado acapara todos los instrumentos periodísticos y editoriales, de forma que ningún obrero ni grupo de obreros pueden expresarse en público ni lanzar siquiera una octavilla; el Estado prohíbe a los obreros cambiar de trabajo y de domicilio, los multa y castiga por faltas menores; el Estado impone los reglamentos internos de cada empresa; el Estado prohíbe las huelgas, las reprime caso de producirse, y no precisamente con lenidad: como se ha visto de nuevo en Polonia; el Estado considera como un crimen de rebelión cometido en servicio de potencias rivales, cualquier reunión, asociación o actividad al margen del Partido-dictador, la iglesia exceptuada; el Estado abate su bestialidad represiva sobre cuantos se le insubordinan, obreros o intelectuales, los condena a largos años de trabajo forzado o los interna en manicomios penitenciarios (1).

Semejante clase de "taras" no son otra cosa que las características peculiares y permanentes de la explotación capitalista, llevadas hasta el paroxismo por la más implacable y peligrosa de las contrarrevoluciones. Una interpretación dialéctica no puede ver en todo lo dicho, innegable incluso para la Liga aunque lo asorde, defecto o fallas del régimen político en contradicción con el sistema de producción existente. Al contrario, ve concordancia completa entre éste último y el régimen político, entre la estructura social y la superestructura política e intelectual. El pensar de la Liga-IV Internacional es del mismo jaez que el de numerosos sociólogos y economistas, para quienes regímenes como el de Franco y Papadópulos son anomalías dentro del capitalismo, anomalías causadas por la pobreza y destinadas a desaparecer a medida de la industrialización. La ecuación por tal modo establecida no puede ser más simplona: país pobre = despotismo gubernamental, país rico = democracia. Lo mismo exactamente piensa la Liga-IV Internacional de Rusia y similares, sin otra diferencia que añadir al sustantivo democracia, el calificativo obrera. Sus rutinas y compromisos anteriores le impiden ver que la contrarrevolución beneficia de condiciones mundiales no menos que la revolución, si bien de sentido diametralmente opuesto. Octubre rojo fué el nivel más alto consentido al proletariado ruso por las condiciones objetivas y subjetivas del proletariado mundial. Revolución democrático-burguesa hecha por el proletariado (revolución permanente), muere en cuanto deja de operarse la proyectada y necesaria transformación estructural en revolución socialista. El poder que le sucede se encuentra entonces en condiciones de llevar la centralización del capital hasta el grado máximo consentido por el capitalismo mundial y exigido por la contrarrevolución misma. Realiza aquello mismo que, del lado reaccionario, reside en la ley de concentración de capitales, en el automatismo del sistema capital-salariado, y a lo que han ido acercándose, por su propia y natural andadura, los antiguos países industrializados. En efecto, la ley de concentración de capitales lleva implícita la absorción de los capitalistas individuales y de los grandes trusts por el Estado capitalista-colectivo. Este desempeña ya el papel principal en casi

(1) En un congreso internacional de psiquiatras celebrado en Méjico, los asistentes quisieron tratar el caso de la utilización de esa ciencia en Rusia como arma represiva. La delegación rusa amenazó retirarse, secundada por la de la India. Los restantes señores psiquiatras y psicoanalistas se inclinaron. Los descomplejadores están visiblemente acooplejados de servilismo hacia los poderes existentes, y no sólo en Rusia. ¿O se tratará quizás de un inadvertido complejo de castración?

todo el mundo. Salvo corte revolucionario, ese proceso ira hasta su consumación. He ahí una dialéctica que a la Liga le sienta demasiado ancha.

Una vez mitificado el sistema de producción ruso, la Liga tiene que ir de mitificación en mitificación. Cada una trae a rastras la siguiente. Así, mitifica la imposición de tal sistema a otros países, mitifica sus repercusiones en cualquier continente y mitifica la repercusión de las repercusiones en las masas trabajadoras occidentales. El rebase extrafronterizas del sistema ruso, obra de la guerra imperialista llevada a cabo mediante el consentimiento, en no pocos la ayuda del capitalismo occidental, del yankee muy particularmente, es ensalzado como revoluciones proletarias "auténticas" o "deformadas". A seguidas, los movimientos nacionalistas de los países atrasados, siempre de hinojos ante uno de los polos imperialistas, son convertidos en revoluciones "coloniales", lo que suma en la cuenta de la Liga decenas de espléndidas victorias, sobradas para que se hundiese como rascacielo de paja el más sólido imperialismo, y el todo rebota aún despertando al proletariado occidental, cuyo representante primero es la Liga Comunista-IV Internacional, está sobrentendido y dicho. La fabulación no puede ser más artificial y falsa incluso como concatenación lógica.

Vista al trasluz del decurso histórico, la cadena de mitificaciones se convierte en una mixtificación generalizada que entenebrece el horizonte de quienquiera la haga suya. Sencillamente porque el Kremlin ha sido el factor esencial político y en fin de cuentas policíaco, en la derrota de la revolución proletaria mundial entre 1917 y 1937. Y actuaba así, no por error ni por capitulación oportunista ante la burguesía, sino porque se lo dictaban sus intereses económicos en Rusia y sus retenidas ambiciones de expansión imperialista. A tal punto, que dondequiera se ha impuesto militarmente o a través de sus partidos, es la burguesía quien se le somete, quien capitula ante él como ante un salvador. Hace falta una dosis considerable de estulticia para no verlo. Ni el Kremlin ni sus agencias pueden desempeñar papel revolucionario. Son parte del enemigo de clase en cada país y parte importantísima mundialmente.

La asimilación de la burguesía por el stalinismo victorioso ha sido un hecho general en Europa del Este. En China empezó muy antes de instalarse en Pekín y con el ejercicio de todo el poder se sistematizó. Entre los cuadros del Partido y de las fuerzas militares y policíacas abundan los antiguos burgueses, mandarines y viejos jefes del ejército del Kuomintang. Son materia maleable, de "reeducación" tanto más pronta y sincera cuanto mejor rango y emolumentos conservan. El que fué rey de Manchuria puesto por los japoneses figuraba como representante "del pueblo" en la última asamblea del mismo nombre. Chiang Kai-chek se ha visto ofrecer reiteradamente la vicepresidencia de la República y aún después de anunciado el viaje de Nixon a Pekín, Chu En-lai le promete una situación honorable en la dirección del país. En suma, la burguesía se diluye en el cuerpo burocrático que en lo sucesivo desempeña y centraliza su función. Incluso en la clandestinidad española, la grita populachera maotsetunesca ha programado la continuidad de cada burgués al frente de su empresa nacionalizada. Y en el seno de esa casta dirigente surgida de los intersticios del viejo capitalismo, las jerarquías se sistematizan en grado sólo conocido antes en las antiguas cortes del absolutismo monárquico. Desde los componentes del más ínfimo comité local, hasta el supremo círculo dictador, un estricto escalafón de precedencia señala la importancia de la autoridad política y del disfrute económico de cada uno.

Nada tan disparatado como afirmar que el reflejo de esa jerarquía en el campo "zapa la base de las diferenciaciones sociales del camposinado" ("Lutte Ouvrière et la revolution mondiale", P. 13). Desde hace largo tiempo, es un lugar común, oficialmente reconocido, que tanto en las pretendidas comunas agrarias como en la industria, las diferencias de paga y rango entre los obreros constituyen el fundamento de la productividad. Las distinciones entre los diferentes países de capitalismo de Estado son mínimas, como lo son también, referente a lo mismo, en los países occidentales. Lo que al respeto cabe decir, es que en el campo también la estratificación social de labradores y

y obreros agrícolas es ajustada coercitivamente a una doble estratificación: por un lado la que contrapone entre sí a detentadores de los instrumentos de producción y esclavos del salario, por otro una gradación de categorías en paga y consideración oficial apostada calculada para llevar al máximo la rivalidad entre trabajadores y la plusvalía rendida por el conjunto. Lo que hace un poder stalinista es reestructurar el capitalismo, y con él, claro está, la estratificación social en todas partes, que lejos de desaparecer aumenta. Pero la Liga prefiere desentenderse de todo eso para mejor inflar su mitificación mixtificadora.

El único problema teórico que en verdad está planteado es el de determinar la naturaleza de la burocracia gobernante, lo que históricamente representa. Y bien, a menos de tirar de golpe por la borda cuanto el movimiento revolucionario ha aprendido desde los Iguales hasta nosotros, y en particular del socialismo científico, forzoso es negar que se trate de una burocracia obrera. La burocracia manipula a la clase obrera con un despotismo policiaco y económico jamás visto, no paga un céntimo de salario sin calcular antes cuantos céntimos revertirán a sus manos como plusvalía, no emprende nuevas inversiones sino con el mismo criterio, salvo en guerra, policía, espionaje de su población y exterior, es decir, salvo en lo tocante al afianzamiento y extensión de su poderío; no implanta nuevas técnicas sino acen tuando la explotación del hombre mediante la máquina; mantiene una política exterior de rivalidad imperialista y de oposición a la revolución proletaria no menos acérrima que la de Washington, pero más selectiva. Mirándola por otro costado, esa burocracia no encuentra en sus dominios otro enemigo que el proletariado, siéndole imposible, por consecuencia, oscilar entre las masas trabajadoras y un capitalismo privado irremediabilmente muerto y precisamente en una etapa en que la identificación del capital con el Estado emana de lo más profundo de sus anhelos reaccionarios de continuidad. La noción de un bonapartismo burocrático, forzoso es reconocerlo, no sirve ya sino para mecer y adormecer a los militantes que la ingieren, sin tratar aquí de su imposible parangón con el bonapartismo de la revolución francesa.

Tocante a política exterior, nótese al pasar, la Liga habla de la ayuda de Pekín, e implícitamente de la de Moscú en Vietnam, Cuba, etc., al movimiento revolucionario mundial. Le horroriza fijarse en que la de Moscú es complementaria de la impuesta por sus tanques en Hungría y Checoslovaquia, y la de Pekín, concédasela a l'Humanité Rouge, a la Gauche Proletarienne o a cualquier Liga, comporta el mismo designio que la prestada a Pakistán contra Bangla Desh, al gobierno de Ceylán contra sus rebeldes, al de Sudán contra los suyos... y que sus propias componendas con Estados Unidos.

Una burocracia que mantiene y redobla la separación entre instrumentos de trabajo y fuerza de trabajo no admite otra deficiencia, en nuestra era, que la de burocracia capitalista. No se trata de una nueva clase social, ni el suyo es un sistema económico distinto del que padece Occidente. Ella asume el papel de la burguesía y lo resume en el Estado, capitalista y polizonte en uno, imponiendo a estructura y superestructura social, en derecho y no de hecho cual era el caso con el capitalismo burgués, una compacidad nunca alcanzada por el último. Es pues su prolongación, el tope de su devenir, al mismo tiempo expresión de su decadencia y coraza frente a la revolución proletaria. Y abandonemos al burdo materialismo de la Liga y similares confundir decadencia capitalista y cese absoluto del crecimiento económico. Cuando tal caso se presente, y se presentará al fin si la revolución no lo impide, empezarán a ser derruidas, al mismo paso, las condiciones objetivas que permiten la mutación del capitalismo en comunismo.

Conviene puntualizar que "la sociedad de nuevo tipo", ni capitalista ni socialista de que Bruno Rizzi habló el primero y luego Bernham con su "managerial revolution", no existe. Se trata de un capitalismo dirigido, conocedor en parte de su propio mecanismo, quintaesenciado en la técnica de arrancar plusvalía, lo que antes hacía por su cuenta, a tientas, cada burgués o compañía aislados, amén de la técnica no menos rentable de llenar de estopa

los cerebros. No hay lugar para otra cosa, pues lo que exige el desarrollo del hombre y de su economía es la desaparición del técnico, del hombre de ciencia, del culto en general, en cuanto capa social diferente del trabajador manual, inculto más o menos y siempre dependiente de los detentadores de la cultura. En el orden del día de la humanidad, un sólo punto lo abarca todo: la supresión de ese esclavizante reparto del trabajo, del saber y del ocio. Entre decadencia de la civilización actual o revolución comunista no cabe un tercer término.

Del tipo de sociedad descrito hace partir la Liga Comunista-IV Internacional el empujón inicial de lo que llama "dialéctica de la revolución mundial". Hay que considerar brevemente la segunda de sus repercusiones, la pretensa "revolución colonial", antes de centrar el todo en la última de sus repercusiones, la política occidental de quienes así lucubran ya que no del proletariado.

En primer lugar, revolución colonial no significa absolutamente nada. Utilizar esa expresión, o su correlativa, revolución popular, es charlatanería de mercachifles y embaucadores políticos. Las colonias no podían hacer una revolución burguesa hoy imposible incluso en su forma de revolución permanente, y ninguna ha hecho una revolución proletaria. La gran mayoría se han visto conceder la independencia por los colonizadores, no a pérdida por cierto y han adoptado las fronteras que el imperialismo les impuso. Allí mismo donde ha habido lucha, sobretudo en Argelia y Vietnam, cuando no sigue presente y dominante la vieja metrópoli, la hegemonía económica y la vara alta política han cambiado de mano menguando todavía más la "soberanía nacional". La equidistancia que algunas han querido guardar entre los dos polos imperialistas, las precipita hacia uno de ellos en cuanto surge alguna dificultad o problema internacional graves. Cuba e Irak ayer, recientemente Egipto, Yugoslavia e Indonesia en sentido opuesto, a más del príncipe botarate Sihanuk, lo certifican. El caso más importante, sin embargo, es el de la India, cuyos humos de gran potencia la han llevado a aliarse con Rusia mientras meditaba su operación militar en Bengala. La señora Gandhi y Brejnev, con Mao Tse-tung y Nixon en trasfondo, acaban de infligir a los teóricos de la "revolución colonial" la más bochornosa de las lecciones. Lo que no han querido aprender de la teoría revolucionaria, se los impone manu militari el enemigo de clase, realizando sin solución de continuidad la independencia formal de Bengala y su nuevo vasallaje. La más popular hasta hoy de las luchas nacionales desemboca en un fiasco, la "auténtica revolución proletaria" de la Liga (China) da su visto bueno a la horrenda carnicería desencadenada por Pakistán y el otro "Estado obrero" da alianza militar y autorización formal al capitalismo indio para desencadenar una operación expansionista. En realidad es Rusia la que se introduce en Bengala y del mismo golpe ata más corto a la India y cerca a China. A menos de rendirse a la evidencia, los "dialécticos" de la Liga tienen ahí amplia materia para ergotizar.

La soberanía nacional está hoy totalmente descargada de contenido revolucionario. El descomunal crecimiento del capital y su polarización la ha transformado en vestigio fósil del pasado, a semejanza de la revolución democrático-burguesa. Sólo la soberanía de los trabajadores, de los oprimidos en general, imposible sino con carácter anacional y mundial, es revolucionaria en la actualidad. La nación y el nacionalismo se convierten en instrumento o terreno de rivalidades reaccionarias, siempre en finta política. Por eso es lo único que el stalinismo conserva del antiguo programa del movimiento obrero, excepto hallándose en el poder. Es muy conforme con los intereses de un nuevo imperialismo, cuyo fortalecimiento ha de hacerse, de necesidad, en detrimento de los ya establecidos, del más fuerte ante todo. Lo asombroso es que el conservantismo de los izquierdistas en general la retenga atada una reivindicación no ya sobrepasada, lo que sería error de fácil rectificación, sino por completo encuadrada dentro del odioso juego inter-imperialista.

El paparrucheo teórico de la Liga la conduce hasta conferir a la defensa de dicha reivindicación y a la extensión territorial del imperio stalinista una repercusión positiva en Occidente, nada menos que el despertar del proletariado y el renacimiento del movimiento revolucionario. Es la máxima de las repercusiones de su "dialéctica de la revolución mundial", gracias a la cual, a partir de la guerra de Vietnam, "la correlación de fuerzas corría el riesgo de dar un vuelco definitivo". O sea, que corría el riesgo de inclinarse, contra el stalinismo, en ventaja del proletariado... y de la Liga con otros sumandos izquierdistas. La mentecatez es tan enorme como pretender que durante la guerra mundial iba a pasarse "de la resistencia a la revolución", cual rezaba el señuelo. Actividades e ideas propias del mundo capitalista no contribuirán jamás a destruirlo.

Por el contrario, el empeño stalinista, siempre secundado por la Liga y congéneres, en movilizar al proletariado en pro de la política exterior rusa o china, y eso desde Grecia y Corea hasta Vietnam, durante cincuenta años, es lo que mantiene al proletariado somnolento, más apegado a la adquisición de un cachibache casero que a su acción de clase, disperso en los cuatro puntos cardinales y en cada país, apresado por los aparatos político-sindicales, renuente ante cualquier política, ante la sucia porque lo es y ante la revolucionaria por escarmiento de la otra. Muy diferente serían su situación y disposiciones si durante tan largo tiempo las energías y los recursos económicos gastados, al menos por los dichos izquierdistas, hubiesen sido consagrados a denunciar al stalinismo promoviendo, mediante reclamaciones socialistas, la revolución en Occidente. Pero eso requiere tachar como guerra imperialista localizada la de Vietnam, así como la guerra israelo-árabe. La Liga-IV Internacional se para en seco aterrada e invita al proletariado a pasar por las horcas caudinas de Moscú o de Pekín, a defender sus intereses mejor que sus gobiernos y sus secuaces respectivos. Si no existiese el stalinismo tendría que inventarlo, pues no conoce otra política que la de su "desbordamiento" por la izquierda. El sobrepase no tiene sentido y por eso jamás se producirá; pero si tiene sentido y ya está ideológicamente iniciado el encuadre de esa categoría de izquierdistas por el stalinismo.

Es verdad, sin embargo, que entre la juventud estudiantil y obrera existe una inquietud nueva, potencialmente revolucionaria. No menos que en Occidente aparece en Oriente, en cualquier coto cerrado stalinista y en los países atañados. Dictadores y dictadorzuelos de unos y otros se han quejado repetidamente de la desafección de la juventud. La nueva generación está volviendo la espalda con gesto de asco a todos los poderes existentes, no cabe duda. Pero su desvío no debe a las míticas revoluciones de la Liga sino indignancia política y merma cuantitativa. Esa actitud levantisca no es en modo alguno reflejo de los diversos nacionalismos, ni de la tela de araña tejida por el imperialismo moscovita, sino que éstos le han impedido, hasta ahora, cristalizar en movimiento revolucionario. La propia Liga Comunista no les es deudora de su existencia, mal que le pese; su origen está entero en la crisis de la contrarrevolución rusa que llevó a la maniobra khrutcheviana de la denuncia de Stalin como criminal. A su vez, esa crisis es parte de la del capitalismo mundial que empuja al proletariado en igual sentido, en primer lugar a la juventud. Pero la Liga y otros, incapaces de ver más allá de la democratización del régimen ruso y del anti-imperialismo de sentido único, se han quedado varados a medio camino, en el trotskismo hogañero. Y el medio camino resulta ser, en el menos malo de los casos, centrismo.

De una política internacional mixtificadora sólo podía deducirse una praxis impotente, de barullo proletarizante sin contenido revolucionario y peligrosa para el proletariado. En efecto, ni en lo político ni en lo económico sabe dar un paso la Liga sin aferrarse a las andaderas de las organizaciones existentes, en particular del Partido pseudo-comunista y de su central sindical. Véase su planteamiento:

"A la clase trabajadora le es imposible luchar sin esas organizaciones que son el único amparo legal que permite las luchas. Para los trabajadores no hay elección entre organizaciones revolucionarias y organizaciones refor-

mistas. No existe hoy ninguna organización revolucionaria de masas capaz de defender en la práctica los intereses de los trabajadores, actualmente la elección es: u organizaciones reformistas o ninguna organización". Por ende, "sólo en la medida en que los militantes revolucionarios sean capaces de tomar la dirección de las organizaciones de masas de la clase obrera será posible la lucha por el socialismo". (Resolución sobre el trabajo sindical, en "Débats et résolutions du I Congrès", p. 155).

Mejor valdría decir que la lucha por el socialismo es imposible, porque los militantes que se proponen conquistar tal dirección no son revolucionarios y los militantes revolucionarios no quieren conquistarla, sino desembarazar de semejantes organizaciones al proletariado, y también porque, aún suponiendo que la conquistasen serían deglutidos por un aparato cuyo funcionamiento requiere la existencia del capitalismo y es imposible sin él (1).

La noción de organización obrera reformista, sea sindical, sea política, no tiene hoy ningún sentido. Las de verdadero origen reformista son un despojo del pasado liberal del capitalismo sin otra realidad ni porvenir que participar más o menos en la administración y en la degeneración del sistema. En cuanto al stalinismo, inútilmente se le auscultará en busca de algo reformista. Emanación directa de la contrarrevolución rusa, que le da alma y cuerpo, tiene clara conciencia de que su porvenir está en la expropiación de los monopolios... por su poder monopolizados, en el capitalismo supremamente centralizado. Su propio democratismo cuando se encuentra al margen del poder, no tiene nunca realidad sino para otros representantes del capital. En lugar de someterse a la burguesía, el stalinismo sabe, por no pocas experiencia ya, que en determinadas circunstancias es la burguesía quien le pide asilo y orden. A la recíproca, el capitalismo occidental sabe que sin el stalinismo habría sido imposible su restablecimiento y su crecimiento desde la guerra acá.

No menos monstruoso es afirmar que esas organizaciones defienden a la clase obrera, siquiera dentro de la explotación. Cada "huelga" es una jugarreta hecha a los trabajadores y las que no son declaradas con el único objeto de que la dirección sindical negocie con Estados y patronos y aparezca como portadora de "la solución", lo son para cortar una agitación que llevaría a una verdadera huelga. Cada día se impone con mayor fuerza la evidencia de que para defenderse en lo inmediato, como para lanzarse al ataque del sistema, la clase obrera necesita imperiosamente arrancarse el grillete sindical. Mil huelgas salvajes en Europa y en América constituyen demostración irrecusable, excepto para mentes conservadoras que prefieren entrar en contradicción con la realidad viva antes que con lo dicho por Trotzky o por Lenin en otra época. El espantapájaros de una "enfermedad infantil del comunismo" les hace caer de bruces en una mísera senilidad precoz.

Si los revolucionarios pudiesen decidir la elección que la Liga ofrece al proletariado: las organizaciones existentes o ninguna organización, y bien, elegirían sin la menor vacilación: fuera las organizaciones existentes, seguros de que, a partir de ahí, en cada unidad de trabajo y en la totalidad de ellas los obreros se defenderían contra el capital, por sí mismos, mucho mejor que entregados a aquellos organismos que el capital les delega como "representativos". Cada revolucionario ganaría la posibilidad de dirigirse libremente a la totalidad de la clase, cosa que hoy impide la represión sindical como parte que es de la represión capitalista en general (!Mayo de 1968!). La propia Liga ganaría terreno en tales condiciones, al menos mientras los obreros no se diesen cuenta de que en la práctica su política es mas reformista que revolucionaria. Empero, la realidad no admite condicionales. Ahí están las centrales sindicales agañotando ley en mano y prejuicios mediante a toda una clase. A los revolucionarios les queda más remedio que abrirse camino al margen de los sindicatos y contra ellos. Tampoco hay otra manera de presentar reivindicaciones socialistas.

(1) Léase: "Les syndicats contre la révolution", por B. Péret y G. Munis.

La Liga se propone pues ir a la conquista de las direcciones sindicales hasta colocar gente suya allí donde reinan los Seguy, Krazuki, Bergeron, etc. De las reivindicaciones que cuenta agitar con tal finalidad, la más altisonante es la de "control obrero de la producción", cuya significación está envuelta de grandísimo confusionismo. En general, la clase obrera aprueba esa demanda, pero debido a que la interpreta como dominio o gestión suya de la producción, no como lo que en verdad es: un derecho de fisga de los obreros en los asuntos de las empresas capitalistas gestionadas por el propietario, privado o estatal. Independientemente de la validez de esa táctica, la Liga debiera declarar sin equívoco, si en su concepto e intención al día siguiente de lo que ella llama revolución socialista debe continuar en funciones el tal control, o convertirse en el acto en gestión obrera de la producción y la distribución. Vista su concepción de lo que es una transformación estructural de la economía, no puede contemplar esa transformación sino en un futuro lejano, impalpable. Mientrastanto --período de transición, dirá ella-- gestionarían desde la cúspide sindical y estatal quienes ocupasen el lugar de los Seguy, Krazuki, Bergeron, etc. Los trabajadores continuarían vendiendo que vender su fuerza de trabajo para vivir y los productos de su actividad seguirían siéndoles ajenos.

Fuere lo que fuere en concepto de la Liga-IV Internacional, con su táctica y ~~estrategia~~ la burocracia sindical y política existente vivirá luengos y felices años, indiferente al zumbidillo de los aspirantes a sustituirla. Y si por acaso una situación revolucionaria amenazase su dominio, y bien, la Liga-IV Internacional y demás controlistas le ofrecen en bandeja lo indispensable para salir de apuros y entronizarse como explotadores directos. En efecto, la dolorosa experiencia de la lucha de clases ha demostrado, desde la España de 1936-37 por lo menos, que en plena acometividad victoriosa la clase trabajadora se aferra a los instrumentos de producción y sin andarse por las ramas establece arreo su propia gestión. Luego viene, cual sucedió en España, el poder político y sindical de las organizaciones dichas obreras, en cuyo pro tanta tinta gasta la Liga, a arrebatarse a los trabajadores gestión y economía. ¿Cómo? Mediante el control obrero y la nacionalización. Las dos consignas salieron, no del proletariado, sino de las secretarías stalinistas, por decir de la embajada rusa.

Por ese camino se llega hasta un Franco o un Kadar cualesquiera, a la derrota y la desmoralización del proletariado. Pero la Liga ignora de todo en todo la experiencia de la revolución española. No conoce otra táctica que la de la revolución rusa, el Programa de Transición que por añadidura interpreta en forma derechista, porque ni tiene el arranque de los bolcheviques ni sabe discernir la nueva situación en que se encuentra. Sin ir más lejos, habla y gesticula como si los dirigentes stalinistas fuesen Kerensky en potencia, tratándose en verdad de Kornilof de un nuevo tipo, o sea, de Stalin. Así ha aparecido bien claro durante la revolución española y reiteradamente después. Empujándolos al poder, la Liga no da muestras de clarividencia revolucionaria, sino de flébil psicopatología masoquista.

Refutado el punto más radical táctico-estratégico del programa liguero es supérfluo pararse a comentar el resto, aún más desatinado. Pero debe añadirse, acabando esta crítica, que incluso puestos en práctica por la Liga y similares (Lutte Ouvrière, Lambertistas, etc.) el control obrero y la nacionalización de la economía nos metería de rondón en el capitalismo de Estado, antípoda del socialismo. El Estado post-revolucionario es un valladar contra el enemigo de clase, no el tutor de los trabajadores. No será propiamente hablando un Estado, cual afirmaba Engels. Convertido en propietario y embalsador de la plusvalía su extinción resulta inimaginable. Por todo ello, sigue y seguirá siendo oportuno repetir las palabras de Marx: "Renegamos como de la peste de quienes colocan la sociedad por encima del individuo". La Liga retroce bastante más, pues coloca por encima del individuo y del proletariado algo peor, no la abstracción social, sino el Estado, concreción coercitiva de una falsa abstracción social, sin base en el individuo.

La dialéctica de la revolución mundial nada tiene que ver con las chapucerías y hoquedades de la Liga-IV Internacional. Emanan, claro está, de la contraposición de los instrumentos de trabajo en su forma capitalista y la fuerza de trabajo en su forma capitalista también, uno y otro factor considerados sin excepción de país alguno. A los primeros, dicha forma los retiene en un crecimiento mínimo y ya perjudicial al devenir por su forma misma, mientras el segundo vegeta en su recinto salarial, cada día más rebajado cualitativa y políticamente, en su saber técnico y en su libertad, desposeído en proporción directa a la acumulación de la riqueza. Cada uno por separado está en contradicción con su naturaleza actual, y ambos, abarcando la sociedad entera, con la naturaleza que el capitalismo les impone. Ir a buscar el factor activo y resolutivo de dicha contradicción, o tan siquiera un sucedáneo del mismo, en Rusia, China, Vietnam, países atrasados, organizaciones políticas y sindicales tradicionales, es meterse dentro de las estructuras capitalistas que se trata de hacer reventar. No puede en manera alguna haber otro factor de tal género que la clase trabajadora en su conjunto, y no por su simple existencia, sino en rebelión contra su existencia, o sea contra su condición de clase asalariada. No hay ni podrá haber jamás otro conducto de desenvolvimiento práctico del proceso dialéctico de la revolución mundial, hasta el desenlace.

Los instrumentos de producción son y serán siempre factor pasivo, mal que le pese a un materialismo de paga y automación, por no decir de pan y agua. Es el reflejo subjetivo de sus condiciones y exigencias en el segundo y único factor apto para aprehenderlas, cargado a su vez de exigencias propias y sin el cual no existirían las otras, porque en el fondo son también exigencias tuyas, las que consienten a éste, a la clase trabajadora pues, desempeñar el papel activo y resolutivo de la contradicción general entre el actual sistema mundial y las necesidades humana cifradas por ahora en ella.

Todo eso, en realidad elemental y que debiera ser indiscutido hoy, cae lejísimos de las cogitaciones y politiquerías de la Liga, que extiende a tantos polizontes stalinistas títulos de apoderados universales del proletariado. Ignorándolo, se cierra la posibilidad de ver cómo se ha desarrollado y proseguirá desarrollándose en el futuro la dialéctica de la revolución mundial. La lucha práctica no está por comenzar, sino interrumpida desde 1937. El capitalismo resultó victorioso de ese primer embate que duró 20 años. Pero desde 1923 el proletariado no sucumbió en ningún país a manos de la burguesía. Afirmarlo es miopía o vil demagogia; sucumbió a manos del stalinismo, ya por su intervención política, ya por su imposición policiaca, cuando no combinando ambas. La contrarrevolución rusa tenía que impedir la revolución doquiera surgiese, aun en los casos en que el beneficiario inmediato no fuese ella. La solidaridad de sistema primaba sobre toda otra consideración. Hitler o Franco en el poder eran para el Kremlin una garantía de su propia continuidad, por más que representasen, sobretodo el primero, una amenaza militar. Los poderes capitalistas se baten entre sí para saquearse, pero ninguno va a fomentar contra el otro una revolución que caería sobre su propia cabeza inmediatamente después. La historia de la lucha de clases entre guerra y guerra se sintetiza así: una oleada revolucionaria iniciada por Octubre rojo, que recorre cuatro continentes, sin aflojar en un sitio sino para recrudescerse en otro y que va siendo contenida, país tras país, por el Kremlin a través de sus partidos y finalmente paralizada en España por la represión stalinista subsecuente a la sublevación contra el partido ruso en Mayo 1937, represión que introducé "30 años de paz franquista", repercute en el apoteosis del stalinismo después de la guerra mundial y encadenando el proletariado internacional a la productividad por hora-hombre.

La desnudez teórica de tendencias como la Liga la mide en toda su enormidad el hecho de que el poderío nacional e internacional del Kremlin haya ido extendiéndose en proporción directa al retroceso y a la paralización del proletariado, asegurando de rechazo tranquilidad y prosperidad al capitalismo occidental, sin que ellos, pretendidos vigías de vanguardia, se estreme-

ciesen o lo percibiesen siquiera. Menester es decirles que se trata de un saldo negativo de la dialéctica de la lucha de clases mundial, del cual, en fin de cuentas, sus propias ideaciones son mero subproducto.

La reavivación del combate interrumpido no podrá tener lugar, por mucho que se repitan alzamientos como los de Berlín-Este en 1953, Hungría y Polonia en 1956, Francia, Checoslovaquia y México en 1968, Polonia otra vez en 1971, sin que alguno de ellos conlleve, dentro de la rebelión contra el sistema existente, el segundo y supremo factor subjetivo. Pero éste no se deja definir hoy por la consabida y abstracta "adquisición de conciencia revolucionaria"; tiene que ser, concretamente, conciencia de que cualquier nación de las oficialmente designadas socialistas es tan capitalista como las de Occidente y aún más reaccionaria; conciencia de que "el socialismo de faz humana" y la simple revolución política en los primeros son embaucos esterilizadores de la acción proletaria; conciencia de que el comunismo empieza en la administración, por la clase trabajadora entera, de la producción y de la distribución y de que por consecuencia la nacionalización de los instrumentos de trabajo y el control obrero son un mortal cepo; conciencia, en fin, de que el stalinismo, esté en el poder o en la oposición, constituye parte integrante de la explotación mundial, y con él los sindicatos. Fuera de eso, cualquier rebelión obrera, por muy amplia que sea, lejos de reanudar la lucha por la revolución en el mundo se saldrá por nueva derrota y nueva desmoralización.

La dualidad tesis-antítesis que bajo forma de capital y salariado teje toda la trama de la civilización capitalista, no llegará al punto de su ruptura y síntesis revolucionaria sin que la nueva generación asimile cuantos conocimientos se desprenden del primer embate pro revolución mundial. Al proletariado no le basta encarnar la antítesis, pues la negación del sistema y la síntesis en otro requiere una identificación certera de las organizaciones e ideas enclavadas en la tesis, por origen o por asimilación, y también de las que bambolean entre tesis y antítesis.

La Liga-IV Internacional y demás tendencias que acrecen su fuerza gracias a la usura del capitalismo en general y en particular del capitalismo stalinista, contribuyen a una futura derrota, cualquier éxito obtengan. Su trabajo no acarreará consecuencias positivas sino en la medida en que sus militantes, alertados por la tremenda experiencia de 50 años, se sacudan de encima las chapucerías y rutinas oportunistas que ellas les inculcan.

Enero 1972

G. Munis

& & & & & & & & & &

L E A N S E

LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACION	1 franco
PRO SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA (español y francés)	9 francos
LES SYNDICATS CONTRE LA REVOLUTION, por B. Péret y Munis	6 "

Pedidos y pago a nuestra dirección:

Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75 - París XVIII - Francia

Cópiense y difúndanse los trabajos de este boletín que se considere conveniente.

M A P A M U N D I P O L I T I C O

A s i a

La intervención indo-rusa en Bengala ha creado una situación, si no por completo nueva, si de perfiles lo bastante netos para prever un reñido juego diplomático, próximos desplazamientos de alianzas, y para asegurar que ha aparecido allí un nuevo foco de guerra mundial posible, sin duda el más peligroso de todos. Las Servias y los corredores de Dantzig se encontrarán allí por decenas, llegado el momento.

La nueva sujeción de Bengala "independiente" tiene una importancia capital para la India y para Rusia. No pueden dejar que se les escape, cualquier precio tengan que pagar, incluso la guerra generalizada con todo el arsenal atómico. El papel de la India ha aparecido como el principal y decisivo, sobretodo a causa de su irrupción militar, pero en realidad es secundario, sin dejar de tener importancia. Quien ha movido los hilos del tinglado y dado la señal de avance a las tropas de Nueva Delhi es Moscú. Los Estados Unidos habían costado gran parte de la campaña electoral de la Liga Awami, actualmente gobierno "soberano" en Daca. Sus intereses en Bengala, crecientes desde la partición e independencia de la antigua colonia británica, les llevaban a favorecer la autonomía del territorio o su independencia, siempre que no debilitase su posición en Pakistan. En ambas zonas, la política americana la inspiraba una estrategia apuntada contra China más que contra Rusia. La súbita manobra de Moscú firmando alianza con la India cuando ya estaba secretamente decidida la invasión de Bengala, ha hecho pasar la preponderancia diplomática en Daca de Washington a Moscú, y pronto será también la preponderancia económica; en lo militar, aspecto el más importante para todo estado en formación, ya es completa.

Mucho más trascendente que la preponderancia en Bengala o su posesión es para Rusia la alianza con la India. Hay detrás centenares de millones de soldados posibles, en lo inmediato seguridades para su flota de guerra en el Océano indico, llegado el caso la utilización de bases militares, cual está ocurriendo en Egipto y siempre muy rentables contratos mercantiles.

Lo que Moscú persigue por hoy no es tanto debilitar en Asia a su rival imperialista yankee, cuanto preparar la recuperación, política y si necesario militarmente, de China. Haría concesiones importantes a Estados Unidos, si estos le dejasen mano libre en tal propósito. Lo que empezó como simple discordancia sobre las "modalidades" de penetración del "socialismo" en Asia se ha transformado en lo que realmente ocultaba: una implacable pugna por la penetración imperialista en todo el subcontinente asiático entre Moscú y Pekín. Más de un millón de hombres con todos sus pertrechos de guerra clásicos y termonucleares hacen frente a China en toda su frontera norte. Desde el pacto con la India y la invasión de Bengala, la frontera sur se ve también bordeada por ejércitos declaradamente enemigos, armados a saciedad por Rusia. La correlación de fuerzas inter-imperialistas ha sufrido una alteración desfavorable para Pekín. Todavía hace seis meses, la OTASE (Organización del Tratado de Asia del Sudeste) contaba con Moscú para "prevenir las tentativas chinas de hegemonía" en la región. Ahorales papeles se invierten: tendrá que contar con China para contener una hegemonía ^{rusa} en casi toda Asia, no ya en la región sudeste.

Rusia consentiría más fácilmente con Estados Unidos que con China un reparto de intereses económicos y estratégicos en Asia. En el resto del mundo y a lo largo del tiempo, su enemigo principal no es otro que Estados Unidos. Lo inverso es igualmente verdad. Más en la actualidad domina la preocupación de impedir la expansión china hacia el sur... y hacia el norte. La contigüidad territorial de ambos países, la alucinante densidad demográfica china, transformable en miles de divisiones militares, el hecho de que Pekín ambicione zonas siberianas dominadas por Rusia y en definitiva sustraer a su imperio desde los Urales hasta Kamchatka ("Asia para los asiáticos"), saca de quicio a los hombres del Kremlin, para quienes la herencia

zarista es intocable. No menor importancia tiene en tal rivalidad la naturaleza stalinista de ambos regímenes. El de Moscú ya no tiene el monopolio de la falsificación de la verdad tocante a sus métodos policíacos, ni de utilización de la calumnia en escala gigantesca. Calco fiel del suyo, el régimen de Pekín está en condiciones de cantarle la verdad, que conoce por ser también la suya, no menos ^{que} poner en juego la calumnia con recursos también gigantescos. Por todo ello, Moscú tiene prisa en liquidar el rumbo actual de la política exterior china, sea desde dentro, subordinándose otra vez al Partido-Estado china, sea mediante la guerra.

Sus tentativas en el primer sentido han fracasado hasta ahora. La última ha sido con toda seguridad la que terminó en la desaparición de Lin Piao y en el montón de cadáveres y de chatarra del avión militar chino caído en Mongolia. El recurso al segundo procedimiento gana probabilidades. El movimiento de protección chino no podía ser otro que el acercamiento a Estados Unidos y al mundo occidental en su conjunto. Nuestro análisis de la naturaleza social de Rusia y de China nos permitió preverlo así con años de antelación, cuando todo el mundo consideraba la idea de tal acercamiento como una ocurrencia de lunáticos. Hoy es un hecho, y un hecho mucho más consolidado y amplio de lo que dejan ver de una parte y de otra. De la alta estima en que Washington tiene a Pekín da idea la modificación de la política yankee en el asunto de Bengala. Ha preferido abandonar a otros la nueva nación, cuyas primeras aspiraciones independistas auspició, y por añadidura perder terreno en la India a favor de Rusia, antes que desligar allí su política de la política china. Mientras todos los embajadores americanos en Asia, mal informados, es evidente, apremiaban a su gobierno para que se precipitase en apoyo de Bengala, la flota del Pacífico recibía orden de vigilar estrechamente las idas y venidas de la flota rusa en el Océano indico. Esbozo claro de lo que ocurrirá caso de conflicto directo ruso-chino.

Un nuevo episodio del mismo y entrecruzado conflicto de intereses está jugándose en torno al Japón. Rusia y China se disputan su "amistad" ofreciéndole respectivamente la explotación en común de las riquezas siberianas y un vasto programa de inversiones en todo el subcontinente asiático. Lo probable en este caso es que china saque ventaja a Rusia, por virtud de los contratos comerciales que puede ofrecerle... y de la trabazón de los capitales japoneses y americanos. Lo contrario desencadenaría la tercera guerra mundial.

Una vez consumada la invasión de Bengala y su separación de Pakistán, Chu En-lai declaró que a partir de entonces el subcontinente asiático no volvería a conocer la paz durante largo tiempo. China se propone, es evidente, intensificar la hostilización militar mediante destacamentos ligeros con base tras frontera segura, las demagógicamente llamadas guerrillas. Pretextos nacionalistas sobreabundan, incluso en la parte oeste de Bengala, donde la India ejerce una represión durísima y constante.

Confiamos en que los revolucionarios no caigan en ningún cepo nacionalista y guerrilleante, quienquiera lo tienda. Todos son substitutos y prolegómenos de una guerra mundial imperialista que los principales interesados no se atreven todavía a desencadenar. La lucha de los explotados no podrá ejercerse y menos progresar, sino oponiéndose sin equívoco a todos los bandos.

I n g l a t e r r a

La huelga general minera empezó bajo malos augurios. El propio centro sindical, T.U.C. (Trade Union Congress) no la quería y descorazonaba a los mineros asegurándoles que el momento era poco propicio. La obstinación de los huelguistas ha dado un mentís a la burocracia sindical.

Al cabo de unas semanas de huelga, las consecuencias se hacían sentir en numerosas industrias. Al escribirse estas líneas empiezan a paralizarse muchas de ellas y el conflicto se hace sentir muy gravemente en todo el país.

Un poco más y los mineros se habrán bastado para inmovilizar gran parte de la economía inglesa. Magnífico ejemplo del enorme poder que confiere a la clase trabajadora su función social, poder decisivo, a discreción suya.

Lo que se ha puesto como reivindicación en esa huelga no es más que un aumento de paga para recuperar el retraso en que respecto de otras ramas se han ido quedando los obreros de la minería. Trátase pues de un reajuste de la relación entre el capital y el salario que no alterará lo más mínimo la dependencia de éste por relación al primero, ni tampoco la cuantía de la explotación, aún suponiendo que los huelguistas obtengan satisfacción completa. Los estira y afloja en torno a la paga obrera consiguen, en el mejor de los casos, impedir que caiga el nivel de vida absoluto de los obreros, pero no su nivel de vida relativo, es decir, comparado con lo que producen y con la riqueza total de la sociedad. Esta segunda caída va en aumento inintermitente, en Inglaterra lo mismo que en cualquier otro país. La mayoría de las veces, un aumento de paga que parece importante representa una baja relativa, porque va condicionado a un aumento de productividad superior, en valor líquido, al aumento obtenido por los obreros. Aun así, alza de precios, impuestos y gastos nuevos a menudo impuestos por el sistema, vienen enseguida a roer el aumento absoluto ganado. En ese movimiento continuo de vaivén, no hay círculo vicioso, contrariamente a las apariencias. A cada conflicto salarial y entre conflicto y conflicto, el reparto de la producción total de un país entre el capital y sus asalariados se hace más desproporcionado. Lo que obtienen los obreros es cada año menos en comparación con lo que obtiene el capital.

Así será irremediabilmente mientras no se ataquen los cimientos mismos del sistema económico existente. Marx pensaba hace un siglo que el proletariado británico tenía ya ante sí lo necesario para acometer la supresión del capitalismo, careciendo únicamente de la pasión revolucionaria indispensable. ¿Cual de los múltiples marxistas ramplones que circulan por aquí y acullá no tomaría esas palabras por delirio "voluntarista", por idealismo, en estos momentos incluso, cuando las condiciones objetivas de la revolución están dadas no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa y América, por ende en el mundo? La efectividad impresionante de la huelga minera viene a demostrar que el proletariado podría, incluso con bastante facilidad, desembarazarse del capital y poner en marcha la economía sin otro criterio que el de sus necesidades, porque son las de la sociedad y las del porvenir. En lugar de reivindicar del capital esto o aquello, los mineros hubieran podido lanzarse a la huelga para no tener que reivindicar más en lo sucesivo. Hubieran podido, sin rodeos, dirigirse al proletariado de todo el país proponiéndole tomar en sus manos todos los instrumentos de trabajo, crear su propio poder político, coordinarse para poner en funciones la producción y la distribución con arreglo a criterio anti-capitalista. Vistas las proporciones aquí ridas por el paro minero sólo, nada habría podido resistir a la totalidad del proletariado movilizado en torno a esa única y última reivindicación.

Pero la idea ni siquiera hizo aparición. Ello revela hasta qué punto Laboristas y sindicatos constituyen parte del armatoste económico-político del capital, y cuan ineptos, por conservantismo, son los grupos que se pretenden revolucionarios, trotskistas y no trotskistas. Allí están plantados con la inercia de un bulto cualquiera, en espera de que una crisis cíclica del capitalismo les ponga entre las manos una situación revolucionaria madura y lista para su consumo. Son incapaces de ver la crisis permanente de toda la civilización capitalista, vedándose en consecuencia ser parte activa en la solución de la primera, que comporta de necesidad la disolución de la segunda.

C a m b o y a

Un cable publicado el 7 de febrero por Le Parisien dice lo siguiente:

"A la sombra de las ruinas de Angkor se han librado encarnizados combates los nordvietnamitas y sus aliados camyanos pro-comunistas. Unos 20 obreros ocupados en la restauración de esos templos resultaron muertos. Otros

cien fueron detenidos y se los llevaron los vietnamitas. Según un monje búdico los obreros muertos fueron ejecutados por sus guardianes.

Los nordvietnamitas han acusado a los khmers rojos cuya mayor parte vive en localidades bajo mando gubernamental, de haber incitado los khmers rojos a sublevarse contra los nordvietnamitas".

Noticias de ese género podrían leerse frecuentemente si la prensa no se desentendiese de ellas casi sin excepción. Se quedan en las agencias de prensa, además de que la mayoría no llegan siquiera hasta ahí. Tanto más importa que las destaquemos nosotros, por la importancia que tienen para poner en evidencia las características de esa otra clase de capitalismo que tiene aún el cinismo de decirse comunista o rojo.

Entre tropas de Vietnam norteño y tropas khmer (del príncipe Sihanuk) se producirán choques mientras estas no se sometan por entero a las otras. Hanoi aspira a ser la fuerza dominante en la península indochina, pesar de que él mismo vive en vasallaje y de que nunca conseguirá ser otra cosa que un comisionista de Rusia o de China, a imagen de sus competidores del sur respecto de Estados Unidos. Mas el combate y la matanza junto a los templos de Angkor es probablemente uno de los incidentes de reclutamiento en que abundan esa clase de ejércitos pseudo-libertadores. El extranjero los ignora, pero no la población de los territorios en que se producen. Son "ejemplos saludables" organizados con plena intención. El terror y las ejecuciones predisponen a quienes siguen vivos a incorporarse "voluntariamente" a las tropas "libertadoras". Si los obreros de las obras de reparación consiguieron ser defendidos por algunos destacamentos comboyanos, éstos no dejarán de recibir un duro castigo de sus superiores directos o de los jefes militares nordvietnamitas. El engranaje de su "causa" arrastra consigo terror y asesinatos en proporción a la enormidad de su mentira.

E s p a ñ a

La enemiga y la ruptura entre Carrillo y Lister que ha llevado a la división del Partido stalinista, sin mencionar a los terceros pro-chinos que manotean por diversos lugares, nos ha valido una acusación de criminalidad formulada contra el primero por el segundo, escrita en el ya consagrado estilo de la ballaquería amaestrada por el Kremlin. Es una especie de "informe Khrtchef" en escala nacional llamado "¡basta!", cuya lectura recomendamos como vomitivo. En efecto, la impresión única que su lectura produce es una náusea incontenible; náusea de Carrillo, náusea de Lister, náusea de ese partido y de cuantos tienen o han tenido responsabilidades en su dirección, náusea de sus protectores y aliados, quienes sean y doquiera estén. He aquí algunas muestras hediondas:

En el período de 1948-51, "las medidas terroristas que se venían aplicando en nuestro partido llegaron a un grado inimaginable. Están al orden del día el método de las persecuciones de tipo policíaco, la "espionitis", los interrogatorios y procesos con verdadero sumario.

"¿Dónde están los hombres que al terminar la guerra en Francia entregaron a la dirección un gran partido e importantes medios materiales? Unos separados, otros expulsados; y no pocos muertos y desaparecidos en condiciones más que sospechosas". Lister da el nombre de Luis Fernández como víctima, entre otros, de Carrillo, Gallego y compañía (página 147).

Dentro de España mismo y durante la peor época del terrorismo franquista, Carrillo y Antón aprovecharon la situación para deshacerse de colegas de partido que les estorbaban (p. 151). Y a continuación indica algunos de los asesinatos o tentativas de asesinatos entre la gente más conocida:

"El examen de la decisión sobre las eliminaciones físicas se hicieron siempre en el Secretariado y el encargado de asegurar su ejecución era Carrillo. Alguna vez la ejecución fallaba, como por ejemplo con Beltrán, quien "llevaba un sector de paso de frontera"... "un día Carrillo informó al Secre-

tariado que había sospechas en cuanto a posibles ligazones de Beltrán con las autoridades franquistas. Se acordó su eliminación y Carrillo encargó de ésta a los camaradas X-X". Las sospechas no tenían el menor fundamento --dice Lister a continuación-- pero "Beltrán fué convocado a una entrevista para examinar cuestiones relacionadas con su trabajo. Todas las medidas estaban tomadas para que no saliera vivo de la entrevista". Mas Beltrán, receloso, acudió armado a la entrevista y X-X no se atrevieron a desenvainar pistolas o puñales.

El caso Comorera: "Carrillo y Antón propusieron al Secretariado la eliminación física de Comorera. La propuesta fué aceptada y Carrillo encargado de organizar la liquidación. Carrillo designó a dos camaradas para llevarla a cabo. Pero Comorera decidió marcharse a España. A través del informador que tenía entre la gente de Comorera, Carrillo conoció la decisión de aquel y el lugar de paso de la frontera y la fecha. Carrillo envió a sus hombres a ese lugar para liquidar a Comorera al ir a cruzar la frontera. Pero Comorera que se sentía en peligro y vivía con una gran desconfianza, a última hora cambió de lugar de paso". Entonces, dirigida siempre por Carrillo, "se abrió en nuestra prensa y en nuestra radio una ofensiva de chivatería denunciando la presencia de Comorera en Barcelona".

El caso Monzón. Jesús Monzón, "si hoy sigue en vida lo debe a haber sido tenido por la policía franquista en Barcelona cuando se dirigía a encontrarse con el enlace que "tenía que sacarlo a Francia", pero que en realidad debía de conducirlo al lugar de su ejecución" (página 160).

El caso Trilla. "Después de haber cumplido durante la guerra las misiones que el Partido le encomendó, al acabarse ésta continuó luchando en la clandestinidad hasta que en 1945 apareció muerto a puñaladas en Madrid, en el Campo de las Calaveras". Según Lister (p.163) Carrillo ha escrito, modificando una versión anterior, que Trilla "actuaba como un verdadero bandolero y que "por eso lo ajustició el grupo de Cristino García"...". Carrillo va falsificando la historia, cargando sobre otros la responsabilidad de hechos que él ha ordenado". Y añade: "Vivo está y dispuesto a comparecer ante la comisión investigadora, el camarada que en Toulouse recibió de boca de Carrillo y de Dolores (Pasionaria) la orden de ejecución de Trilla que debía transmitir a Cristino García".

El caso Quiñones. Quiñones estaba en España. Fué asesinado allí por orden del Partido, en alguna guerrilla. De paso nos enteramos de que además del chivateo y el asesinato, el Partido en cuestión emplea la tortura: "Quiñones fué condenado a muerte y tuvo que ser llevado por dos soldados al lugar de su ejecución, pues debido a las torturas recibidas ya no podía andar. A pesar de su estado físico murió valientemente" (p. 164).

"¡Basta!" reseña sólo los casos de gente relativamente conocida, muy conocida en los medios stalinistas españoles. Es evidente que Lister conoce muchísimos nombres más de gente asesinada en España, en Francia, en Rusia, donde el Secretariado tenía organizado un servicio de espionaje entre sus propios miembros, y en los países del Este. Lo deja entrever así. Y no menos palmario es que Lister ha sido coautor y cómplice de calumnias, chivateos y asesinatos, sin otra finalidad éstos que aventajar en el Secretariado a tal o cual banda de rapaces. Porque en esas rebatiñas internas están en juego, en lo inmediato, además de la fama de ser Gran Dirigente, importantes sumas de dinero y vida fastuosa, y en perspectiva, futuros ministerios y el poder absoluto de los dictadores. Los avatares de la crisis del capitalismo de Estado stalinista hacen que ahora y sólo ahora Lister, no sin la venia de Moscú, levante contra Carrillo un índice acusador. De cierto que Carrillo está en condiciones de ser no menos explícito y en ello veraz hablando de los crímenes de Lister.

Igual que Lister, Carrillo jurará que no se había enterado de ningún crimen hasta última hora, o que los había silenciado para no perjudicar al Partido. Como si desde mucho antes no se hubiesen asesinado, por orden

de sus maestros, desde Stalin, Iejof y Beria hasta Khrutchef y Brejnej, primero millares de revolucionarios, y luego simples colaboradores suyos descontentos o renuentes a partir de cierto momento.

No porque Carrillo y López Raimundo hayan ido a Pekín en solicitud de un certificado de buenas costumbres, ni porque hablan a la italiana de pluralismo direccional, quedan curados de sus atavismos asesinos, ni están a salvo de sus esbirros, no ya los revolucionarios, a los que reservan siempre sus peores puñaladas por la espalda, sino sus propios correligionarios pólíciacos demasiado ávidos de Secretariado o siquiera en ruptura.

Nada ni nadie podrá corregir la naturaleza criminal del stalinismo, porque emana de lo más hondo de sus exigencias contrarrevolucionarias, anti-comunistas más intencionalmente que ninguna otra. Hay que destruirlo de arriba abajo y eso sólo puede hacerlo el proletariado en armas. Pero sepámos alertar contra él a la juventud rebelde, sin lo cual no habrá revolucionarios mañana.

"La sociedad rusa está enferma de miedo" --declaraba el joven escritor ruso Vladimir Bukouky, que acaba de ser condenado a 7 años de cárcel. Ahora bien, Lister, Carrillo, Pasionaria, Antón, Raimundo, etc., todos los dirigentes actuales y pasados de ese Partido, pertenecen a la casta de torsionarios y explotadores que gobiernan gracias al miedo.

Desde la contrarrevolución stalinista, su único secreto y su único principio respetado es este: "Dadme la policía e inmovilizaré a todo el mundo".

& & & & & &

C O P I E N S E Y D I F U N D A N S E L O S T R A B A J O S

D E E S T E B O L E T I

Q U E S E C O N S I D E R E C O N V E N I E N T E